

reino, asentado en la region mas dulce de la América.

Los tres príncipes acolhuas, no desmintiendo en sus actos la noble sangre de la casa de Citin á que pertenecian, recomendaron á su numerosa tribu la moderacion y la templanza; le ordenaron que hiciese alto en los confines del reino chichimeca, y adelantándose ellos hasta la capital, solicitaron respetuosamente una audiencia del soberano.

Los términos en que estuvo concebida la solicitud, dispuso el ánimo del bondadoso rey Xolotl en favor de los gallardos príncipes acolhuas, que pocas horas despues fueron admitidos en su presencia (1).

Los solicitantes jefes, al presentarse en la estancia del soberano, se inclinaron profundamente; tocaron el suelo con la mano, besándola en seguida, como señal de respeto y de lealtad, y tomando luego la palabra uno de ellos en nombre de todos, manifestó en un lacónico discurso el objeto de aquella visita.

En la breve, pero expresiva alocucion que pronunció, dijo que habian llegado del reino de Teoacolhuacan, poco distante de la patria misma de Xolotl; que los tres eran hermanos, hijos de un poderoso rey; pero que sabedores de la felicidad de que gozaban los chichimecas bajo el gobierno paternal del mas benigno de los soberanos, habian preferido á las ventajas que les ofrecia su patria, la gloria de ser vasallos suyos: que, en consecuencia, le rogaban que les concediese un sitio donde vivir en la ventu-

(1) El nombre de estos príncipes era *Acolhuatzin*, *Chiconcuauhtli*, y *Tzontecomatl*.

rosa nacion que gobernaba, declarándose sus mas adictos y leales súbditos.

Xolotl quedó altamente complacido de las frases pronunciadas por el apuesto príncipe, pues ellas le afirmaban en el concepto de que sus pueblos se hallaban felizmente regidos. Satisfecha su alma, mas que halagada su vanidad, se manifestó agradecido á la generosa oferta de los gallardos príncipes; les dijo que su mayor dicha seria obsequiar cumplidamente el deseo por ellos manifestado; pero que mientras deliberaba con los principales del reino, respecto del modo de verificarlo, les suplicaba siguiesen á su hijo Nopaltzin á un edificio en que habia mandado disponer un alojamiento que correspondiera en todo al ilustre nacimiento de ellos.

Los príncipes hicieron una inclinacion de cabeza, y acompañados del jóven Nopaltzin, digno vástago del benigno monarca, salieron de la morada real, fluctuando entre la duda y la esperanza.

El rey Xolotl, interesado por los nobles extranjeros, y abrigando la conviccion de que la inmigracion de gentes cultas forma la grandeza de los pueblos, convocó á las personas mas caracterizadas del reino con el fin de que expusieran libremente su opinion. El monarca expuso sencillamente las aceptables proposiciones de los magnates acolhuas, que no titubeó en manifestar que las juzgaba convenientes para el bien de la patria.

Los brillantes resultados producidos por la distincion con que los chichimecas habian tratado á los toltecas: aquella fusion del pueblo inculto y guerrero, con los restos del pueblo tolteca agrícola, industrial y culto, compa-

rativamente, produjo benéficos frutos á la sociedad que se transformó de vagabunda cazadora, en agricultora y artesana. Los consejeros del monarca percibían en aquellos momentos el ruido productor del martillo del platero, sentían llegar hasta la estancia que ocupaban el aura embalsamada de las cultivadas campiñas; y no olvidando que de los beneficios de la industria, de la agricultura y de las artes que disfrutaban, eran deudores á los toltecas, á los hijos de otra nacion extraña, opinaron unánimemente porque se admitiese en el país á los nuevos extranjeros.

Contento el rey Xolotl del resultado de la consulta, comunicó á los ilustres príncipes la resolución del Consejo. Luego, dejándose llevar de los elevados sentimientos de su corazón, les manifestó que no solo estaba dispuesto á darles estados en su mismo reino, sino también á unir al mayor y al mediano con dos hijas que tenía. «Siento—añadió—no tener otra, á fin de que ninguno de los tres quedase excluido de la nueva alianza.»

Los príncipes expresaron su profundo reconocimiento con las frases más expresivas, y el pueblo esperó el día de las bodas con las más señaladas manifestaciones de impaciencia.

Queriendo el rey Xolotl que sus hijas se presentasen el día de la unión adornadas de las preciosas alhajas, que entonces era uno de los distintivos de las personas de elevado nacimiento, encargó á los joyeros toltecas y chichimecas que se esmerasen en hacerlas de las más delicadas formas. Los chichimecas, que se habían hecho artífices notables bajo la dirección de los toltecas, presentaron alhajas de primorosa hechura que podían competir con las de sus

mismos maestros, quienes, á su vez, dejaron ver en las que salieron de sus manos, que no habían desmerecido de la fama que se habían conquistado.

El día de las bodas llegó por fin, y la ciudad de Tenayuca, destinada para celebrar el enlace y las fiestas, se llenó literalmente de personas de todos sexos y edades, atraídas por la curiosidad y por el cariño que abrigaban hacia las hijas de su soberano.

Casamiento de El mayor de los príncipes, llamado Acol-  
los príncipes huatzin, joven de arrogante presencia y de  
acolhuas bondadosa fisonomía, recibió por dulce com-  
con las hijas del rey Xolotl. pañera á la hermosa Cuetlaxochitl, que era  
la mayor de las dos princesas, aunque igual en belleza y  
atractivos á su linda hermana Cihuaxochitl, que se unió  
al segundo de los príncipes llamado Chiconcuauhtli.

El menor de los príncipes, en quien concurrían cualidades no inferiores á las que atesoraban sus dos hermanos, se unió, con beneplácito del rey, con una joven de singular belleza llamada Coatetl, hija de una noble familia de Chalco, en la cual se había mezclado ya la sangre tolteca con la chichimeca.

Los regocijos públicos celebrados con motivo de esos enlaces que merecieron toda la aprobación del pueblo, duraron sesenta días. En ellos hubo luchas, juegos gimnásticos, combates de fieras, tiro de flecha, saltos, carreras, y cuantos juegos y ejercicios estaban en relación con el carácter, costumbres y gusto de la nación chichimeca, sobresaliendo por su valor y destreza el príncipe Nopaltzin, heredero de la corona.

El ejemplo de la familia real encontró bien pronto nu-

merosos imitadores en la nobleza. Los enlaces entre las personas de ambas naciones se fueron repitiendo con frecuencia; y el pueblo chichimeca, como todos los pueblos que viven con otro mas inteligente y culto, llegó á identificarse con los acolhuas, se apropió sus creencias, sus hábitos, sus costumbres, todo, en fin, lo que constituia la manera de ser de sus ilustrados huéspedes, y llegó á hacer del nombre acolhua un significado de honra, como se habia hecho del nombre tolteca. Esta adhesion produjo un resultado singular. Los chichimecas, que habian empezado por favorecer á sus huéspedes, se unieron despues á ellos; y habiendo resultado, de los continuos casamientos, la union de ambas naciones hasta formar las dos una sola, el nombre que aceptaron para denominarla, fué el de *Acolhua*, como el mas digno y noble; y el reino se denominó *Acolhuacan*.

No puede presentarse un ejemplo mas palpitante de la influencia que ejerce la cultura sobre los pueblos. Dos naciones, mas fuerte en armas la una que la otra, pero mas adelantada en civilizacion ésta que aquélla, se unen, se amalgaman, se funden en una sola, y al operarse esa fusion admirable, se sobrepone la luz de la inteligencia; y la parte menos culta, pero bastante para comprender la belleza de la luz, acepta el nombre de la mas inteligente como un timbre que le honra.

Pero no todos los chichimecas quisieron admitir la denominacion que se acababa de dar á la nacion. Los que jamás quisieron dedicarse á los trabajos agrícolas ni á las artes; los que prefiriendo la vida sin trabas del salvaje,

habian continuado sustentándose de las frutas silvestres y de la caza; los que estimando mas las fatigas de ésta que la quietud de los talleres, no habian podido fundirse en el molde ajustado del orden y de los reglamentos, esos conservaron el nombre de chichimecas; y no queriendo someterse á la pauta de la subordinacion, se marcharon á los montes que se hallan al Norte del valle de Méjico, donde haciendo la vida nómada, no teniendo ni jefes, ni leyes, ni domicilio fijo, corrian por las selvas en pos de las bestias salvajes con el arco en la mano izquierda, la flecha en la derecha, y el carcaj, provisto de saetas, sobre el hombro. Estos bárbaros, que tenian los montes por morada, por lecho el suelo donde les sorprendia la noche, por traje la desnudez casi completa, y por refugio en las tempestades las cavernas y las aisladas chozas, llegaron á mezclarse con los otomites, tribu salvaje que habia llegado tambien al Anáhuac, y que seguia el mismo sistema de vida. Los chichimecas y los otomites, tomando los valles y los montes que mas abundante caza ofrecian para atender á las necesidades de la vida errante que tenian, ocuparon una porcion de terreno de cerca cuatrocientas millas de extension, que conservaron sus descendientes por algun tiempo, aun despues de la conquista de Méjico por los españoles.

Terminadas las fiestas celebradas en Tenayuca, en manifestacion de placer por la union de las hijas del rey Xolotl con los príncipes acolhuas, dividió el soberano el reino en diversos Estados que los repartió entre sus yernos y entre los mas distinguidos hombres que formaban la nobleza de las dos naciones, fundidas en aquellos instantes en

El rey Xolotl divide el reino entre los tres príncipes acolhuas.

una sola. Al príncipe Acolhuatzin le dió las tierras de Azcapozalco, al fallecimiento del señor que las gobernaba: el gobierno del Estado de Xacoltan lo confirió al jóven Chiconcuauhtli, y el de Coatlichan al entendido Tzontecomatl.

Llevadas á cabo estas disposiciones que juzgó convenientes para la prosperidad de sus vasallos, concibió el pensamiento de instituir una órden militar que formase la columna y el sostén de la defensa nacional en el caso de que alguna otra nacion que llegase, como ellos habían llegado, en busca de feraces terrenos, intentase hacerse se-

El rey Xolotl instituye la órden militar de los Tecullis. ñora del país en que estaba asentado su imperio. Convencido por la nobleza, con quien había consultado, de que el pensamiento era altamente feliz, el rey Xolotl se apresuró á realizarlo; y con gusto del país entero, instituyó la órden militar de los *Tecullis* ó *esforzados guerreros*.

No menos amante de su religion que del lustre de las armas, procuró que en todas las ciudades se levantasen obras á la divinidad que adoraban, y por mandato especial suyo, se construyó en Texcoco un magnífico templo al Sol, que excedió en belleza á cuantos hasta entonces se habían edificado en su reinado.

A la sombra del buen gobierno y de la proteccion á la agricultura, á las artes y á las ciencias, la poblacion chichimeca-acolhua, permítaseme denominarla así por la fusion que se operó entre ellas, fué creciendo notablemente y ensanchando sus fronteras.

Con rapidez maravillosa crecieron, á la vez, las demás tribus que vimos preceder á la de los acolhuas; y pronto el extenso valle de Méjico se vió vestido de la vistosa y

elegante planta del maíz, del cándido algodón y de las mas delicadas hortalizas. Al mismo tiempo que Azcapozalco, industriosa ciudad de los tepanecas, dejaba presentir el poder que mas tarde ostentó sobre los demás pueblos, se veían brillar, con nuevos encantos, junto á la orilla de los tranquilos lagos, las graciosas poblaciones de Chalco, de Xochimilco, de Colhuacan y de otras cien no menos pintorescas que ostentaban las brillantes galas de la industria y del trabajo.

A la vista de esas poéticas ciudades, levantadas por la industria de laboriosas tribus, junto á las benéficas ondas de las apacibles lagunas, buscó el hombre una eufónica palabra que expresase la situacion topográfica de los pueblos á la orilla de los lagos; y entonces le dió, al conjunto de esos sitios, la denominacion de *Anáhuac*, que, como al principio dije, significa *junto al agua*.

Admitida y aceptada por todos la significativa voz, que mas tarde se hizo extensiva al país entero, se aplicó el nombre de *anahuatlaca* ó *nahuatlaca* á todas las naciones cultas que ocuparon las orillas de la laguna de Méjico.

La nacion acolhua, dotada, por la cultura de sus hijos, de los elementos mas grandes de prosperidad, llegó á un bienestar notable. Su rey Xolotl se complacia en observar la marcha progresiva de su pueblo que le bendecía y amaba. Pero rara vez le es dado al soberano, por excelente que sea, no tener enemigos entre los mismos á quienes mas ha colmado tal vez de particulares favores.

Si cierto es que la cultura de los pueblos había ido tomando creces de dia en dia, también lo es que con ella fueron despertándose ambiciones hasta entonces descono-

cidas. La ingratitud y la ambicion de uno de los nobles mas poderosos, llamado Yacanex, fueron las primeras que llegaron á interrumpir la armonía del Estado, y á dejar escuchar el ruido de las armas donde hasta aquel momento solo se habia oido el de los instrumentos de labranza y de las artes. Yacanex, pretextando motivos justos, que nunca faltan al ambicioso, se sublevó, poniéndose al frente de un crecido número de gente, contra su rey; pero derrotado por las tropas de éste mandadas por el príncipe heredero de la corona. Nopaltzin, se vió precisado á huir, refugiándose en la provincia de Pánuco.

Aun no acababa la corte de felicitar al rey por el término feliz de la sublevacion de Yacanex, cuando recibió la noticia de que el rey de los colhuas, tributario suyo, se negaba á pagar la parte que le correspondia.

Era entonces monarca de los colhuas, Nauhyotl, quien, por muerte de su anciano padre Xiutemoc, habia heredado la corona de Colhuacan. El rey chichimeca Xolotl, indignado por la ingratitud de los colhuas, no menos que celoso de la dignidad real, envió á su hijo Nopaltzin, al frente de un fuerte ejército, á que redujese al orden al tributario monarca de Colhuacan. Los dos ejércitos se encontraron bien pronto y se lanzaron al combate. La batalla fué sangrienta, pero favorable para Nopaltzin. El rey de los colhuas, *Nauhyotl*, quedó muerto en el campo de batalla, y Xolotl, despues de entrar triunfante en Colhuacan, hizo que se reconociese por rey á *Achitometl*, hijo del príncipe *Poxotl*, último monarca legítimo de los toltecas.

El triunfo alcanzado sobre los rebeldes, así como el descubrimiento de algunas conjuraciones fraguadas en

las grandes poblaciones y sofocadas instantáneamente, fueron vistas con satisfaccion por los individuos honrados y pacíficos.

Sin embargo, no por esto cesaron la ambicion ni las aspiraciones de otros. Las conspiraciones seguian fraguándose en secreto; y el rey Xolotl, que siempre habia gobernado con benignidad y dulzura, se vió precisado, en los últimos años de su reinado, á usar de rigor con los rebeldes, ya privándoles de sus empleos, ya desterrándoles y ya condenándoles á la pena de muerte, segun el grado de culpabilidad que existia en los enemigos del orden.

El justo rigor del soberano no dió por resultado la conclusion de las revoluciones, sino el hacer mas cautos á los conspiradores, que desde entonces esperaron un momento oportuno para deshacerse del monarca.

No tardó en presentarse una oportunidad favorable.

El rey habia manifestado el deseo de que se aumentasen las aguas de uno de sus jardines, donde tenia costumbre de pasar algunas horas de recreo y en que, despues de haber hecho algun ejercicio, ordenaba que le dejasen solo para entregarse al sueño.

Los enemigos del monarca, que tenian noticia de esa costumbre y sabian el deseo por él manifestado, concibieron la manera de hacerle perecer, sin riesgo de infundir sospechas ni ser descubiertos. Atravesaba la ciudad un riachuelo, y los rebeldes, poniendo un dique á éste, construyeron una zanja por donde fuese el agua á los jardines. Dispuesto cuanto era necesario para realizar el plan, esperaron el momento en que el soberano solia dormir á la sombra de unos frondosos árboles que ocupaban la parte

baja del jardín. Llegado el instante, los conjurados, levantando el dique de la zanja, dejaron correr de un golpe toda el agua que, con fuerza impetuosa, entró en el jardín. Los autores de aquel hecho se lisonjaban de que nadie podría ni aun sospechar de su delito, no dudando que la muerte del rey se atribuiría á imprevision ó descuido involuntario de sus leales vasallos que trataron de servirle, y de manera ninguna á plan concebido para matarle. Pero el intento criminal de los rebeldes no se realizó. El rey tuvo aviso secreto de la conspiracion, y quiso convencerse de ella, asistiendo al sitio de costumbre, sin comunicar á nadie, ni aun á los que le rodeaban, el proyecto de los rebeldes. Para no alterar en nada la costumbre establecida y no inspirar desconfianza ninguna á los conjurados, despidió á los nobles que le acompañaban y quedó solo en el jardín. Los rebeldes esperaron á soltar el agua hasta que calcularon que el rey se habria dormido; pero éste, lejos de permanecer en la parte baja, se subió á un punto elevado del jardín para presenciar la anegacion. Pronto se empezó á verificar ésta, dejando manifiesta la traicion. Sin embargo, el monarca continuó disimulando para burlarse mas de sus enemigos; y cuando á la noticia de la inundacion acudieron los grandes temiendo una desgracia, encontraron al soberano contemplando con calma el espectáculo de la anegacion. «Tranquilizaos—dijo el monarca al ver llegar sobresaltados á sus cortesanos.—Nada me ha sucedido. La escena que acabo de presenciar, lejos de entristecerme, me llena de verdadera satisfaccion. Yo —añadió sonriendo—abrigaba la creencia de que mis vasallos me amaban, y ahora me persuado de que me aman

mucho mas de lo que yo me imaginaba. Habia manifestado deseos de que se aumentase el agua de mis jardines, y ved como mis vasallos, obsequiando mi anhelo, me la han traído sin gasto ninguno de mi parte.»

Al siguiente dia mandó que se celebrasen grandes regocijos en la corte, y cuando las fiestas terminaron, se trasladó á Tenayuca henchido el corazon de pena á la vez que de indignacion, resuelto á castigar severamente á los conjurados.

El rey sintió profundamente ver que existian súbditos ingratos, que correspondian á su bondad y á los esfuerzos constantes que habia hecho por la felicidad de sus pueblos, con disposiciones de muerte. Triste y lleno de pesar, quiso dejar por algunos dias su residencia de Texcoco, y se marchó á Tenayuca, sitio que encerraba para él los gratos recuerdos de los años mas tranquilos de su reinado.

Hondamente afectado aun por los últimos acontecimientos sediciosos, se propuso castigar severamente á los conspiradores que habian tratado de quitarle la vida; pero habiendo enfermado á los pocos dias de haber marchado á Tenayuca, no se procedió á dar paso ninguno contra los culpables.

Xolotl, aunque habia sido un hombre de naturaleza robusta y fuerte, se encontraba ya en una edad muy avanzada, en que el peso de los años agobia y abrumba. Falto de vigor para resistir la enfermedad, conoció que iba á morir, y quiso, antes de expirar, despedirse de sus hijos y recomendarles que velasen por el bien de sus vasallos.

Acudieron inmediatamente á obsequiar su deseo su hijo Nopaltzin, heredero de la corona, sus dos hijas y su yerno